

# Religión

## ¿ TENDREMOS LA LITURGIA EN CASTELLANO ?

Indudablemente, vale la pena hacerse esta pregunta. La fuerza del movimiento liturgista en favor de la liturgia en la lengua vernácula y el avance de los últimos años en este sentido, da una actualidad insospechada a la pregunta. Hace aún pocos años, una cuestión como ésta hubiera parecido fuera de lugar; pero ya en 1947 ella había sido recibida por vez primera, en un documento oficial de la Santa Sede. Nada menos que N. S. Padre Pío XII, afirmó en su Encíclica "Mediator Dei", que "el uso de la lengua vulgar en muchos ritos podía ser utilísima para el pueblo; pero que le correspondía sólo a la Santa Sede el concederlo."

Mas esta afirmación, que pudo parecer solamente teórica, ha ido recibiendo sucesivas confirmaciones de orden práctico, que plantean el problema con plena seriedad y definida actualidad.

Ocho días antes de la citada encíclica "Mediator Dei", el Cardenal Suhard en nombre de Francia, recibió la autorización de Roma para usar el francés en la mayor parte de las ceremonias rituales del Bautismo, Extremaunción, Matrimonio, y los Funerales exceptuando la Misa. La concesión respondía a la petición elevada por los Obispos franceses reunidos en conferencia en junio del año anterior. Los Obispos franceses habían limitado su petición al Bautismo y Extremaunción, que era lo que había sido con-

cedido por la Santa Sede a las diócesis de Bavaria y Austria. Resultaba, pues naturalmente significativa, la concesión más amplia que recibían.

Las diócesis alemanas han sido las inmediatas beneficiarias de una concesión similar. Sin embargo, el uso del alemán va mucho más lejos que el correspondiente Ritual francés. Para la comunión de los enfermos, por ejemplo, el sólo remanente latino que queda es el Ecce Agnus Dei, Domine non sum dignus y el Corpus Domini Nostri Iesuchristi. Más aún, el ritual alemán dejó de ser una simple traducción en muchos sitios para añadir nuevas rúbricas y aun nuevas oraciones.

Aparte de una concesión similar otorgada en el Ritual a algunas diócesis del Sur de la India, han tenido lugar otras concesiones en este sentido en el uso del Breviario. Hay muchas Congregaciones religiosas de hombres y mujeres, que si bien no están obligadas al rezo del Oficio Divino completo, rezan obligatoriamente el Oficio Parvo de la Virgen o algún otro. Pues bien, la Santa Sede ha ido aprobando, previa petición de las diversas Jerarquías, un nuevo Officium Divinum Parvum que conjuga la variedad cambiante del ciclo litúrgico con la fácil inteligencia de la lengua vernácula. En 1948 se aprobó la edición alemana, que ha sido adoptada hoy profusamente en Alemania, Austria y Suiza. Holanda consiguió en el pasado mes de marzo la aprobación de un Breviario similar con idéntico propósito. Francia, va gradualmente aceptando otra nueva versión abreviada del Oficio que se editó en febrero último. En los Estados Unidos y otros países de habla inglesa, está ya en uso en muchas casas religiosas un Short Breviary, que cada día es aceptado por nuevos institutos:

Los Obispos Americanos a su vez, en noviembre del año pasado han autorizado los primeros pasos para la petición a la Santa Sede de un nuevo Ritual en inglés.

En julio pasado tuvo lugar, en la Abadía de María Laach de Alemania, el más importante congreso de especialistas en Liturgia. Su propósito era venir a un acuerdo en las reformas del breviario y del misal, en consonancia con las necesidades pastorales de los tiempos modernos y el avance último de las ciencias litúrgicas. La Sagrada Congregación de Ritos por medio de uno de sus secretarios les pidió el resultado de sus deliberaciones.

nes sobre la misa y sus varias formas y el uso de la lengua materna. En cierta manera, este Congreso había sido preparado por la encuesta de la Revista Romana "Ephemerides Liturgicae", que pidió a los eruditos, diversas proposiciones o esquemas de reforma.

Conocida es de todos para detenerme en ella, la reforma radical que nos trajo febrero pasado con la nueva Vigilia de Pascua, y la inserción de la lengua vernácula en la Renovación de las Promesas de Bautismo.

Significativa por demás es también la petición de la Semana Litúrgica Italiana, reunida en Padua. Italia también, ha pedido oficialmente a la Sagrada Congregación de Ritos, por medio de esta convención litúrgica, el uso de un Ritual en Italiano, "a la manera que ha sido concedido a otros países, porque él ofrece un medio notable y eficaz en la formación cristiana del pueblo." Esta petición por parte de Italia, resulta, quizás, más sorprendente, sea por que se creía que el clero italiano se oponía a una liturgia en vernácula, sea porque la lengua materna y el latín son tan similares.

Ante la presencia de un movimiento en aumento como éste, creo que vale la pena enfocar el problema y estudiarlo en nuestro medio hispanoamericano. Como muy bien decía Dom Palacios hace poco, en la Revista española "Liturgia", sería precipitado pensar que todo el problema se puede resolver, con que las autoridades eclesásticas repentinamente impusieran el uso de la lengua vernácula. Por el contrario, si la innovación se ha de hacer con éxito, ella ha de prepararse.

En un mundo como el moderno, es imposible aislarse a los movimientos que tienen lugar en otros países. De modo que de imponerse una dirección en este sentido nos ha de llegar a nuestra América. Pero aparte de esto, conviene estudiar si en verdad en nuestro medio, se puede decir que una liturgia en castellano serviría para elevar el nivel espiritual de nuestro pueblo. Indudablemente que el problema merece nuestra consideración y ciertamente ser repensado por nuestro clero y por las clases intelectuales de nuestro catolicismo. No es asunto de encariñarse con la idea de una misa en castellano, y querer implantarla. Tenemos que pesar las consecuencias de ese cambio. Indiscutiblemente no soy yo el más indicado para plantearme el problema práctico; pero sin embargo, quiero ofrecer resumidos a los lectores de SIC,

los diversos puntos de vista que se manifiestan hoy en el mundo católico, al pensar sobre el problema desde un punto de vista general.

#### El Problema de la Lengua en la Liturgia

No se crea que este problema es algo totalmente nuevo. Sucesivas generaciones lo han ponderado y lo han juzgado de una u otra manera. La Iglesia tiene sabiduría de siglos y es ella la que ha autorizado y establecido una lengua litúrgica. Este problema se lo planteó con seriedad el Concilio de Trento; y lo resolvió decidiendo mantener el latín. El principio que gobernó esa decisión tridentina no fué el tradicionalismo de un principio como éste: "lo que ha sido recomendable para la Iglesia hasta hoy, lo será también para mañana". Tal principio no sería más que un expediente facilitón ante un problema que no se quiere abordar. La lengua en la liturgia es una pura decisión disciplinar, y por eso ha de ser determinada con el criterio más pragmático de "qué es lo que conviene para la vida y desarrollo de la Iglesia de hoy". En tiempo de Trento, el uso de la lengua vernácula, en la liturgia contenía una semilla de herejía: la afirmación protestante de que el valor de los actos sacramentales dependía de su inteligencia por los fieles; y por este motivo, Trento sabiamente rechazó el cambio del Latín. Este principio es básico en el enfoque del problema y ha sido definitivamente vindicado por el P. P. Schimdt, S. J. en su obra *Liturgie et langue vulgaire. Le probleme de la langue liturgique chez les premiers Reformateurs et au Concile de Trent.* (Analecta Gregoriana, 53).

Si tal es, pues, la situación, hay que preguntarse, cuál es la condición actual de la Iglesia con respecto a la liturgia. Parecería a primera vista natural, que supuesto que los actos litúrgicos son medios para unirse con Dios, la Liturgia debiera ser en la lengua materna de cada comunidad religiosa. Sin embargo, aquí se presenta una notable contradicción en lo que parecería natural y el fenómeno histórico. El hecho es que a lo largo de toda la historia de las religiones, quizás como un deseo de distinguir lo sacro de lo profano, o por mero conservatismo, la tendencia ha sido a usar lenguas antiguas o extranjeras en el culto litúrgico. Tal es el caso del Latín en nuestra liturgia Romana. El ha llegado a adquirir un absoluto dominio en todo el conjunto litúrgico de Nuestra Santa Madre Iglesia. El latín es una lengua bella y digna que ha sido salvada de su muerte sólo

por el uso que de ella hace la Iglesia Romana.

#### Ventajas en el uso del Latín litúrgico:

La Iglesia en nuestros días es guarda vigilante de la pureza de la fe, y el latín eclesiástico, sirve de medio excelente a este fin. La fe inadulterable de una sola fe objetiva, debe ser proclamada en todas partes sin que la verdad sufra nada con expresiones e ideas ambiguas. El latín asegura a la Iglesia firmeza entre la inestable variedad de los cambiantes significados modernos y de las audaces innovaciones de los diversos regionalismos.

El latín, además, se dice, quedó santificado en la inscripción que colocó Pilato sobre la Cruz de Nuestro Señor. Y ha permanecido así en manos de la Iglesia, por ser el lenguaje de la tradición dogmática y litúrgica. Así se explica que haya en nuestras liturgias tantos pasajes intraducibles propiamente, o que al serlo pierden la fuerza y sugerencia del original.

El uso de las lenguas vernáculos, se arguye, daría ocasión a innumerables errores doctrinales. Muchas de las formas litúrgicas, requieren profundos estudios para ser entendidas. Al ser vertidas a la lengua vulgar no harían más que plantear verdaderos rompecabezas o malinteligencias entre los fieles menos intruídos.

El impresionante monumento de unidad que ofrece el latín, se perdería con la implatación de las vernáculos. ¿Qué prueba mejor de la catolicidad de la Iglesia, —se dice—, que el poder oír las mismas familiares palabras de la misa en la remota China, o en el cosmopolita Nueva York? Más aun, habría el peligro de que la creación de liturgias en las lenguas nacionales, exaltara los nacionalismos patrios y sirviera la tal introducción para aminorar al menos la unicidad católica. Tales iglesias nacionales parecerían una anomalía a los turistas católicos a su llegada a tierras extranjeras; quienes perderían el encanto de sentirse en casa en cualquier misa de cualquier país del globo.

En las grandes ciudades, que abrigan confesiones diferentes, el Latín es a veces el único medio de asegurarnos que estamos en una Iglesia Católica. Hoy en medio de las migraciones forzadas de pueblos, en medio de los exagerados nacionalismos y la brutal opresión contra las minorías lingüísticas, el Latín ofrece guía segura y garantía de firmeza.

Cuando el mundo moderno está amenazado en sus mismos cimientos la Iglesia debe defender la Roca de Pedro por todos los medios naturales, y si es verdad que el uso de la lengua materna puede servir al apostolado litúrgico, nosotros no debemos olvidar que la liturgia es sólo una parte de la organización general de la Iglesia. Aun concediendo que la Liturgia en vernácula es el desideratum, sin embargo, parece que el Latín debe permanecer para conservar el bien general de la Iglesia.

El uso del latín eclesiástico, por lo demás ha llegado a ser hoy en día objeto de un verdadero estudio científico; al par que ha dejado de ser considerado como una forma inferior o un puro "latín de cocina". Así se ha venido a valorar la belleza del latín litúrgico, y al tiempo, a entender que si el latín fuera abandonado, la Liturgia perdería o en parte o en todo la belleza secular y humanística que el latín ha logrado expresar.

Una última razón, todavía, ponen los opositores de la vernácula: El inmenso y difícilísimo trabajo de traducción de las formas latinas. Piénsese en el trabajo de años que ha costado el ritual alemán y en las sucesivas traducciones de los Misales de los fieles, que han sido hechas como sucesivos esfuerzos para lograr una traducción que se creía inacabada en los ensayos anteriores. Además la finalidad que se pretende de hacer vivir al pueblo fiel la liturgia, se logra con el uso en aumento de los misales de los fieles.

#### En favor de la lengua vernácula.

Al que lee en las publicaciones católicas la discusión de los pros y contras de la lengua materna en la liturgia, se le habrá de presentar muy clara la realidad de que los argumentos de una y otra opinión se presentan con calor. Cada uno que habla, se ha formado su opinión y naturalmente quiere sacarla adelante. Por eso quiero más que nunca limitarme a la sola presentación objetiva de las razones que traen los "vernaculistas". El logralo es difícil, porque estando el latín en posesión de derecho, le toca a los partidarios de la lengua vernácula en la liturgia, conquistar terreno poseído y convencer de inexactitud las razones alegadas por los "latinistas".

La razón primera que alegan los partidarios de la vernácula, es como insinuamos arriba, una razón apostólica. La Iglesia confronta hoy una penosa contradicción. De una parte puede exhibir un

desarrollo doctrinal y espiritual excelente y vanagloriarse de un núcleo de estupendos cristianos; pero sin embargo, el número de los que dejan de practicar la fe o apostatan de ella es indiscutiblemente impresionante. La culpa no es de la Iglesia; pero ella se debe poner a sí misma la cuestión de si ha utilizado todos los medios para solventar el problema de la apostasía de las masas.

La voluntad de la Iglesia, manifestada por los últimos Papas y, en particular por Pío XII es la de adaptarse a las modernas necesidades. Indudablemente la administración de los Sacramentos y la Santa Misa son el centro de la vida religiosa cristiana. Luego ellas también han de adaptarse a los nuevos tiempos. La Encíclica "Mediator Dei", lo ha reconocido expresamente: "La Iglesia es una unión de miembros vivos, y así, ella crece, se desarrolla y perfecciona en las regulaciones litúrgicas, de acuerdo con las necesidades y circunstancias que se presentan a lo largo de los tiempos. Así pues, el recto enfoque del problema es el saber si la liturgia romana como existe actualmente aparece a los ojos del mundo moderno como adaptada a nuestros tiempos. La misma idea suele ponerse en forma llamativa preguntándose si acaso la Iglesia por su conexión con la antigua cultura romana, ha llegado a ser un elemento exótico para el mundo actual. La Iglesia tiene que penetrar al mundo con su espíritu; es el recto canal el usar una cultura milenaria?"

Un estudio de la forma en que la Iglesia adaptó su mensaje, nacido en un medio cultural hebreo oriental para transformar a toda la cultura occidental, es un decisivo argumento en favor, dicen los vernaculistas. Cada uno de los apóstoles fundó una liturgia en la lengua de su país misional, y así es como hoy se dan dentro de la Iglesia, una forma latina en occidente al par que varias formas litúrgicas en múltiples lenguas orientales. La historia proporciona otro argumento. Se arguye que el latín está avalado por la tradición; pero en realidad ese lenguaje se introdujo como un lenguaje vivo cuando el pueblo occidental había dejado de entender el griego en que hasta entonces se habían tenido los servicios litúrgicos cristianos. Es sólo hacia la mitad del siglo tercero al cuarto, cuando Roma ha comenzado una liturgia en latín. De esa época de crisis es el testimonio del Ambrosiaster: "es claro que ignora nuestra manera de ser, aquel que habla una lengua que desconoce, co-

mo acostumbrn los latinos cuando cantan en griego, deleitándose en el sonido de las palabras, sin saber sin embargo lo que dicen". Y en verdad esas palabras suenan con el mismo calor que las que hoy pudiera usar el más ferviente vernaculista.

Pero la fuerza del argumento, todavía no se queda allí. El lugar del Ambrosiaster que hemos citado es un comentario a una sentencia de San Pablo —y ya la autoridad adquiere su máximo— que parece ponerse en contra de los latinistas. "Hermanos, dice S. Pablo, (I Cor. XIV, 6, 9, 11) qué provecho os traería el que yo os viniese hablando en lenguas extrañas. . . Ello sería como hablar al aire. . . Si yo, pues, desconociera la significación del sonido, seré para el que me habla un extraño, y el que me habla un extraño para mí."

La variedad en la unidad, añaden es la mejor prueba de catolicidad y unidad. Tan absoluta y perfectamente católicos como nosotros los de rito latino son los católicos unidos de Líbano, el Malabar o demás países del Próximo Oriente, que no usan el latín.

La razón misma parece favorecer el uso de la lengua materna en la liturgia. Cada hombre tiene derecho a ser instruído en una lengua que él entiende y la liturgia es una forma de instrucción. Sobre todo ella es una oración, pero tanto para pensar como para querer y mover nuestra voluntad nosotros necesitamos palabras inteligibles que expresen nuestra fe. La fe misma necesita palabras, fides ex auditu, auditus per verbum, que dijo S. Pablo.

El uso del latín engendra formalismo, haciendo a la liturgia un estéril y muerto ritualismo, un cuerpo sin alma. Tal liturgia carece de atraktividad para el corazón y la mente, que son la verdadera alma de los ritos religiosos. Las lenguas maternas ofrecen la mejor solución a este problema de vitalizar los actos religiosos.

La liturgia es principalmente un acto de los fieles, que por medio de su sacerdocio se une al Eterno Sacerdote, Jesucristo. Los fieles concelebran la misa en su carácter de "sacerdotes reales" en expresión de San Pedro. Pero ¿cómo pueden contestar el "Amen, si ellos no saben lo que se ha pedido en la oración que se acaba de recitar"? Y esta es una pregunta que se pone San Pablo. (I. Cor. XIV, 16).

Tampoco es una exageración el culpar al latín de la falta de espíritu litúrgico en tantos fieles. Basta haber vivido dos experiencias. El problema de nuestras minorías selectas que tienen un misal, en lograr seguir las oraciones del celebrante. Y el sentimiento de desconexión y aislamiento que sienten aun los eclesiásticos en una misa de rito oriental. Sólo el que lo haya experimentado podrá valorar esta razón, valedera aun cuando se tenga una versión de las palabras litúrgicas del sacerdote.

Finalmente, esta opinión tiene en su favor la actual práctica de la Iglesia Oriental; donde la prevalencia de la lengua vernácula explica el profundo espíritu litúrgico viviente entre el clero y aun entre los fieles.

#### Intentando un balance de las dos opiniones.

Como se puede ver, las razones alegadas por una y otra parte son poderosas y dignas de ser ponderadas antes de resolverse por una opinión. Sin embargo, creo que ambas opiniones están de acuerdo en que el día presente no es la fecha para determinar un cambio. La introducción de las lenguas vernáculas, particularmente en la Misa, no es lo más expediente si sólo se va a conseguir una participación a medias por parte de los fieles. Para llegar a una posición de conveniencia de orden práctico, en favor de la lengua materna en la liturgia, se necesita todavía una mayor formación de los fieles. Hay todavía un gran vacío entre la mentalidad del pueblo y, el espíritu de la liturgia. Puesto que el empleo de la lengua vernácula sólo tiene un sentido pleno donde se vive un verdadero espíritu litúrgico, lo que a su vez presupone la frecuentación del Santo Sacrificio, parece que su introducción sería desventajosa en el período de transición. Conseguida una liturgia en la lengua materna, podría fácilmente darse la actitud facilitona de quien ha alcanzado la meta. Y la liturgia de la Misa continuará siendo un libro cerrado, o porque el clero no tendrá éxito en leerlo bien y sentidamente o porque el pueblo no es-

tuviera capacitado para captar lo dicho por el sacerdote.

Lo sustancial, ante todo, es lograr que los fieles vivan su liturgia. El hacer de la Misa, principalmente dominical un rato de verdadera unión con Dios por medio de la comunión sacrificial con Cristo. El apostolado litúrgico tiene que ser un apostolado popular, y no dirigirse a una élite cristiana. Por eso hay que lograr ante todo la instrucción del pueblo fiel en la verdadera significación de la liturgia y en particular de la Santa Misa.

Pero, ¿cómo lograr ese cambio, se preguntan los "vernaculistas", que por encima de todo hay que conseguir? No hay porqué perseguir un cambio responderán los "latinistas"; lo que hay que conseguir es que el pueblo viva la liturgia y ello se consigue suficientemente con la liturgia en latín.

Así pues, en una y otra mentalidad, hay una preocupación real por una adaptación de los servicios litúrgicos actuales a las necesidades del fiel de nuestros días, y así se han ideado diversas formas de tránsito o adaptación.

Lo más interesante en este punto es la preocupación de los fieles, particularmente aquí en Europa y en los Estados Unidos, por encontrar la solución. Las secciones de cartas a las redacciones de los periódicos católicos, están casi siempre llenas con cartas de hombres y mujeres, lectores y obreros que mantienen uno u otro punto de vista o que proponen diversas soluciones. Resulta interesante reflejar algunas de esas ideas.

La más viable y la que ha sido acogida en la práctica con más generalidad es la de instalar un sistema de amplificación en la Iglesia con un micrófono en el altar. Se me ocurre que es lo mínimo que se puede pedir, si se desea que todos y cada uno de los fieles presentes en la Iglesia, aun los que han quedado detrás de una columna, puedan seguir fácilmente la misa y acompañar al sacerdote en el rezo, siguiendo la misa en el misal propio.

Más audaz si se quiere, pero en la misma línea de solución, existe un sistema adoptado en Francia. Otro sacerdote desde un micrófono oculto va diciendo en francés toda la misa en sincronía perfecta con lo que el oficiante dice en latín en el altar.

Una y otra solución, mejoran naturalmente, el plan usado ya en algunas Iglesias, aun de Venezuela, de la llamada Misa Dialogada, en que la congregación de fieles o responde colectivamente al sacerdote o dice por su parte muchas de las oraciones del Misal en forma colectiva.

Como un solo proyecto se propone el que se use la lengua vernácula para la primera parte de la misa o antemisa, o al menos el que la Epístola y el Evangelio se puedan decir en lengua vernácula. Actualmente son numerosísimas las iglesias, que después del Evangelio en latín, leen de nuevo en la lengua del pueblo tanto la epístola como el evangelio, o al menos ellos son leídos por otro sacerdote o uno de los fieles, simultáneamente con la lectura latina del sacerdote.

Otra concesión, o mejor, acuerdo entre ambas partes es sobre el uso del latín en la liturgia de los países de misiones poseedoras de antiguas culturas, diversas de la latina. Considérense las inmensas poblaciones que ahora están llegando a ser independientes y autónomas y que se sienten poseedoras de una cultura diversa de la occidental. Para ellas también es el mensaje del Evangelio que la Iglesia tiene que predicar. Pero cuando esas naciones quieren canalizar y rejuvenecer sus antiguas culturas, la intromisión del latín, una lengua extraña y asociada a una cultura de quien se pretenden independizar, no puede menos de dificultar el aceptamiento de nuestra santa fe.

El problema no existe, si se trata de pueblos de ínfima cultura, que pueden ser moldeados por occidente como masa maleable; pero lo es real en países como el Japón o la India. La unión del catolicismo con la cultura occidental es algo puramente accidental e histórico; mientras que la vigencia del mensaje de Dios mismo para que todos estos pueblos sean católicos, es esencialmente divina.

De ahí, que según parece, la Santa Sede estudia ahora la adaptación de la liturgia al japonés, para adaptarla en esa cristiandad en crecimiento asombroso; y que en la India se planeen adaptaciones parecidas a las que comenzó el jesuita P. Nóbili y que en mala hora fueron suspendidas.

#### Conclusión:

Con lo dicho, no ha quedado más que planteado el problema. Nuestra América es ciertamente parte de la cultura occidental. Ha sido sólo la liturgia romanolatina, la que ha conocido nuestro cristianismo. Sin embargo, son enormes las partes de nuestra población, que vivirían mejor su catolicismo, de ser ayudados con una inteligencia más profunda de la liturgia. Nos quejamos a veces de la devoción poco culta de nuestros católicos; pero en verdad, en la vivencia de la liturgia puede estar la solución. Quizás una Misa y unos Sacramentos en castellano pudieran ser la solución para desterrar la triste escena de una iglesia llena, pero aburrida y distraída y sin tomar parte en el acto de culto que se desarrolla en el altar, porque no lo entienden.

La respuesta, ha de darse, después de maduro estudio y consultada la experiencia, con los ojos puestos en el bien de Nuestra Santa Madre Iglesia, que unos y otros, "latinistas" y "vernaculistas", tienen en su mente como el fin de sus desvelos y preocupaciones. El problema es solamente práctico y de conveniencia, sin que nadie pueda recurrir a principios teológicos para resolver la cuestión. Como bien lo decía Monseñor Albert Stohr, Obispo de Mainz y Presidente del Comité Litúrgico Episcopal de Alemania: "Este nuevo esfuerzo de nuestros tiempos, para obtener una mayor participación de la lengua materna en los ritos de la Iglesia, está enteramente libre de aquellas tendencias reprehensibles que antiguamente se asociaron con movimientos similares y que la Iglesia ha condenado. La cuestión de hoy es sólo la de **explorar más ventajosamente los tesoros pastorales inacabables, contenidos en la administración de los Sacramentos y Sacramentales**".

HERMAN GONZALEZ, S. J.